



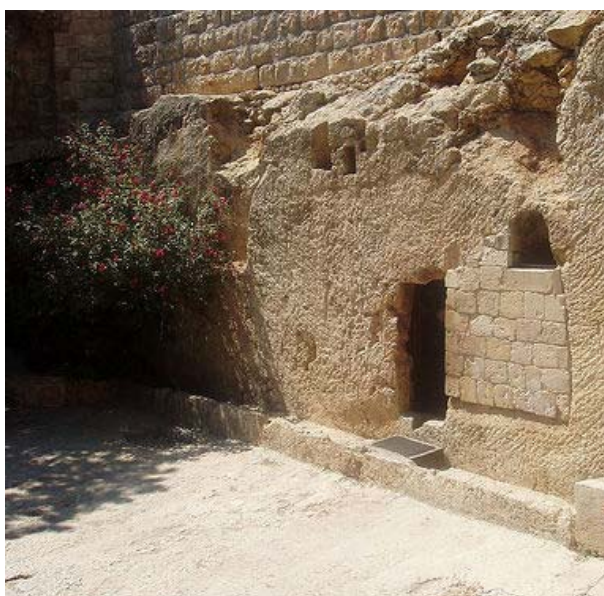
LA RESURRECCIÓN DE JESÚS.

Bien hallados, hoy sábado, como de costumbre, en torno a una luz que nos ilumina.

Bien hallados todos y cada uno de nosotros, con nuestras inquietudes, nuestras preocupaciones, nuestros miedos, nuestras alegrías. Porque somos todas nuestras circunstancias. Y a veces, estas circunstancias son más que nosotros mismos.

Se acerca el tiempo de Pascua. Para los cristianos, este tiempo tiene una significación especial. Acontece la pasión y la muerte. Pero también la resurrección de Jesús.

A veces, la intensidad de la pasión y la muerte de Jesús no nos deja profundizar en el verdadero mensaje que emana del significado de la resurrección. Nos encontramos con mensajes típicos y tópicos del hecho. Nos sorprendemos cuando escuchamos el testimonio de las tres mujeres cuando se encuentran la tumba vacía. Nos gustaría ampliar el verdadero significado de la resurrección de Jesús. Planteémonos:



¿A quién se le ocurriría suponer, ante una tumba vacía, que quienquiera que sea ha resucitado de entre los muertos? La mera tumba vacía no dice absolutamente nada. Pues el hecho de que una tumba esté vacía puede tener, notoriamente, muchas explicaciones. Esto es válido hoy y era válido también entonces. Y son los propios evangelistas quienes, probablemente para hacer frente a los rumores de los judíos en esa dirección, nos informan ya sobre las posibles explicacio-

nes.

Pero si vamos sin rodeos: con la tumba vacía, en sí, no se puede probar la verdad de la resurrección de Jesús de entre los muertos. Eso sería una clara petición de Principio. Pues, en sí misma, la tumba vacía sólo dice lo

ORIENTACIÓN ESPIRITUAL EN NUESTRA TRADICIÓN

siguiente_ “Él no está ahí” (Mc 16,6). Y hay que añadir expresamente, por no ser en modo alguno evidente: “Ha resucitado” (Mc 16,6). Pero esto también se le puede decir a cualquiera, sin necesidad de enseñarle una tumba vacía.

Todo esto quiere decir lo siguiente: según el Nuevo Testamento, no fue la tumba vacía, de por sí, lo que hizo creer en el Resucitado (en el evangelio de Juan tampoco cree Pedro cuando ve la tumba vacía, sólo el discípulo amado, lo que hace pensar en un saber que procede de Dios). Y así como en todo el Nuevo Testamento no hay nadie que afirme haber estado presente durante el hecho mismo de la resurrección, no que diga que conoce testigos oculares de la resurrección, así tampoco hay nadie que asegure que su fe en el Resucitado proviene de la tumba vacía. En ningún momento recurren los discípulos a la tumba vacía para fortalecer la fe de la joven comunidad. Cristiana, o para refutar o convencer a los adversarios. No puede sorprender, por tanto:

1. Que el texto más antiguo sobre apariciones de Jesús (1Cor 14,4) no vincule la fe en la resurrección a la existencia de una tumba vacía;
2. que Pablo no mencione en ninguna de sus cartas la “tumba vacía” ni acuda a testigos autorizados de la “tumba vacía”, con el fin de reforzar su mensaje de la resurrección.
3. que, por último, los demás textos neotestamentarios, fuera de los evangelios, no digan nada sobre la tumba vacía.

Para el hombre contemporáneo, esto significa: la tumba de Jesús puede haber estado o no vacía, históricamente, pero la fe en la nueva vida, junto a Dios, del Resucitado no depende de la tumba vacía. El acontecimiento pascual no está condicionado sino, todo lo más, ilustrado por la tumba vacía. O sea, la “tumba vacía” no es un artículo de fe, es decir, no es base u objeto de la fe en la resurrección.

La fe cristiana no llama a una tumba vacía sino al encuentro con el Cristo viviente, como dice el evangelio: “¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?” (Lc 24,5).

A ello se añade que, en el propio Nuevo Testamento, los relatos sobre la tumba vacía divergen fuertemente en los detalles: los soldados que vigilan la tumba sólo aparecen en Mateo. El hecho de que Pedro acuda a la tumba sólo lo mencionan Lucas y Juan; la aparición a las mujeres, sólo Mateo, y a María Magdalena, sólo Juan. Por todo ello, la mayor parte de quienes se adhieren al análisis crítico de la Biblia llegan a la convicción de que las historias en torno a la tumba son ilustraciones legendarias del mensaje de la resurrección, al estilo de las epifanías del Antiguo Testamento, y que fueron escritas muchas décadas después de la muerte de Jesús.

Pues, si se observa bien, en el centro del relato sobre la tumba no está la tumba vacía sino el mensaje, breve, como una profesión de fe, de la resurrección_ “Ha resucitado” (Mc 16,6), tal y como aparece en el

ORIENTACIÓN ESPIRITUAL EN NUESTRA TRADICIÓN

documento más antiguo del Nuevo Testamento, la primera carta a los Tesalonicenses del año 51/52, y en diversos documentos posteriores: Jesús, "a quien él (Dios) ha resucitado de entre los muertos" (1Tes 1,10). Los relatos sobre la tumba vacía no deben ser entendidos como reconocimiento de un hecho sino como la reconstrucción narrativa, surgida seguramente ya bastante pronto, y el despliegue cada vez más legendario del mensaje de la resurrección, tal y como está contenido en el anuncio del ángel.

Los relatos concretos de la resurrección serán un signo que aclara y confirma lo siguiente: con la muerte de Jesús no ha terminado todo, Jesús no ha permanecido en la muerte y el Resucitado no es otro que el ajusticiado Nazareno.

Intentaremos a continuación contestar a la pregunta siguiente:

¿ Creer en la resurrección de Jesucristo, que significa hoy en día?

Simplemente, debemos empezar por tomar nota de lo siguiente: según todos los testimonios, los primeros discípulos y discípulas de Jesús declaran que el motivo de la fe que ha nacido en ellos es el Dios de Israel y el propio Jesús. Y para explicarlo no acuden a reflexiones sobre la impresionante personalidad de Jesús, que "no podía morir, sino que vive", ni tampoco a determinados modelos históricos, sino a apariciones a todas luces impresionantes, que les llevaban a dar testimonio público y que tuvieron lugar durante los días, semanas y meses posteriores a la muerte de Jesús, unas apariciones de las que Pablo nombra toda una serie de testigos que aún viven (1Cor 15, 5-8); también aducen experiencias con el Jesús vivo, cosas inesperadas que les han ocurrido. No cabe duda de que nuestros conocimientos relativos a las experiencias de orden espiritual, visiones, audiciones, dilatación de la consciencia, vivencias místicas, son todavía muy limitados como para poder dilucidar lo que, en último término, había de real en todos esos relatos. Y también es seguro que los discípulos se sirvieron de los modelos interpretativos que se conocían entonces. Pero no se pueden rechazar como alucinaciones tales vivencias ni tampoco se querrá aplicar inversamente un esquema supranaturalista y explicarlas como una intervención, desde arriba o desde fuera, de Dios. Probablemente se trató de visiones que tuvieron lugar en el interior, no en la realidad exterior. Pues la actividad "subjetiva", de los discípulos y el obrar "objetivo" de Dios no se excluyen en absoluto mutuamente; Dios puede actuar también a través de la psique del hombre.

En cualquier caso, Jesús no apareció públicamente como el glorioso triunfador, con la bandera de la cruz en la mano, como se le representa desde la época de las Cruzadas. Esas "visiones" y "audiciones", ese "ver" y ese "oír" no implican un conocimiento neutro, histórico, sino un acto de confianza: una aceptación confiada que no excluye las dudas: se trata de experiencias de fe, cuya más adecuada comparación serían las experiencias vocacionales de los profetas de Israel. Al igual que ellos, los discípulos y discípulas empiezan ahora a sentirse llamados, a anunciar el mensaje, en calidad de "enviados (apóstoles) del Mesías

ORIENTACIÓN ESPIRITUAL EN NUESTRA TRADICIÓN

Jesús”, y a exponer su vida por ese mensaje, sin preocuparse de eventuales peligros.

Podemos afirmar que los discípulos, que esperaban para dentro de poco el reino de Dios, vieron, de momento, cumplidas sus esperanzas: cumplidas con la resurrección de Jesús a una nueva vida. Esa resurrección fue considerada como el comienzo de la salvación final. También este concepto era, por lo menos en aquel entonces, de auténtica raigambre judía: no sólo los judíos que seguían a Jesús, sino muchos judíos esperaban entonces la resurrección de los muertos, una vez que, según hemos visto, la fe en la resurrección general de los muertos, o por lo menos de los justos, había aparecido por primera vez en el libro de Daniel y en la literatura apocalíptica. Por otra parte: lo que muchos judíos esperaban en un futuro para todos los hombres, para la joven comunidad cristiana ya había sucedido anticipadamente, a causa de sus experiencias pascuales, en la persona de Uno solo: la resurrección de Jesús fue el comienzo de la resurrección general de los muertos, el inicio del fin de los tiempos, con un último plazo de gracia hasta la aparición del Esperado “Hijo del hombre”. Esto tenía una base sólida en la fe judía de aquella época.

Por lo tanto, el Resucitado le encontramos:

Los primeros cristianos hallaron sobre todo en el pasaje de un salmo que ha penetrado en el Credo: “Está sentado a la derecha del Padre”, Y en efecto: no hay frase de la Biblia hebrea que se cite, literalmente o con variaciones, tantas veces en el Nuevo Testamento como el versículo 1 del salmo 110: “Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha”. Esto no implica una comunidad de esencia, pero sí, lo más que podía decir un judío en tanto que monoteísta, una comunidad de trono del Jesús resucitado con Dios, su Padre, en el trono de la gloria, en el trono del mismo Dios. Y la imagen del trono tomada del mundo de la realiza, ha de ser entendida como símbolo de dominación, de manera que el reino de Dios y el reino del Mesías se vuelven prácticamente idénticos.

Como hemos visto, el mensaje de la resurrección del Crucificado no ha sido transmitido sin imágenes ni adornos legendarios, propios de su época, no ha sido transmitido sin amplificaciones y configuraciones condicionadas por la situación. Y , sin embargo, lo que ese mensaje contiene es, en el fondo, sencillo, es algo que, a través de todas las discrepancias, o incluso contradicciones, de la tradición, aparece de modo inequívoco, desde un principio, en todos los testigos: El Crucificado vive y reina para siempre en Dios, una exigencia y una esperanza para nosotros. Los cristianos de las comunidades del Nuevo Testamento están sostenidos, es más fascinados y entusiasmados por la seguridad de que Aquel a quien se había dado muerte no había permanecido en la muerte sino que vivía, y de que quien le siguiera y le fuese fiel también viviría. La muerte no es la última palabra de Dios relativa al hombre. La vida nueva y eterna de Jesús es desafío y esperanza real para todos.

ORIENTACIÓN ESPIRITUAL EN NUESTRA TRADICIÓN

Con ello podemos concluir: ya desde el principio no fue un hecho histórico comprobado sino siempre una convicción basada en la fe la afirmación de que con la muerte de Jesús no había acabado todo, y de que Jesús no había permanecido en la muerte sino entrado en la vida eterna de Dios. Pero esa fe no le pide hoy en día a nadie que crea en una intervención "sobre-natural" de un Dios que interviene, contraria a las leyes de la naturaleza. Esa fe descansa en la convicción de una muerte "natural" y de una acogida en la verdadera, auténtica divina realidad: entendida como el estado final del hombre, libre de todo sufrimiento. Del mismo modo que la exclamación de Jesús al morir: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" ya ha tomado un giro positivo en el evangelio de Lucas con la cita del salmo: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (Sal 31,6; Lc 23,46), y después en Juan: "Todo está consumando" (19,30).

Ya ha quedado claro: aquellos testimonios más antiguos del Nuevo Testamento, que son pocos, no entienden la resurrección de Jesús como una vuelta a la vida terrenal, o sea, que no la entienden analógicamente a las revivificaciones que tienen lugar en el antiguo Testamento por obra de los profetas. No, si se tiene en cuenta el trasfondo judío de las expectativas apocalípticas, se trataba de la exaltación del injustificado y enterrado Nazareno por Dios y a Dios, a un Dios, a quien él mismo llamó Abba, Padre.

¿Qué significa entonces "resurrección"? Ahora puedo dar una respuesta abreviada a esa pregunta:

- Resurrección NO significa regreso a esta vida espacial y temporal: la muerte no es anulada (no es la revivificación de un cadáver) sino definitivamente superada: es la entrada en una vida totalmente distinta, imperecedera, eterna, "celestial". La resurrección no es un "hecho público".
- Resurrección NO significa continuación de esta vida espacio-temporal: ya la expresión "después de" la muerte induce a error: la eternidad no está determinada por un "antes" ni por un "después" en el tiempo. Lo que quiere decir es, por el contrario, una vida nueva, que rompe las dimensiones de espacio y tiempo, en el invisible, inconcebible reino de Dios, llamado simbólicamente "cielo".
- Resurrección SI significa: Jesús no entró en la nada a morir, sino que, en la muerte y desde la muerte, entró al morir en esa última y primera realidad inabarcable y abarcadora, fue acogido por la realidad más real, a la que damos el nombre de Dios. Cuando el hombre alcanza su último instante, ¿qué le espera allí? No le espera la nada, sino ese todo que es Dios. El creyente sabe desde entonces que la muerte es tránsito a Dios, es entrada en el recogimiento de Dios, en ese ámbito que supera a toda imaginación, que jamás fue contemplado por el ojo humano, que escapa por tanto a nuestros sentidos, a nuestra inteligencia, reflexión y fantasía. Si alguna vez la palabra misterio, de la que

ORIENTACIÓN ESPIRITUAL EN NUESTRA TRADICIÓN

tanto abusa la teología, tiene un empleo adecuado, por tratarse del dominio absolutamente primigenio de Dios, es en la resurrección a la nueva vida. Dicho de otro modo: sólo la fe de los discípulos es -al igual que la muerte de Jesús- un hecho histórico (que se puede estudiar mediante criterios históricos); la resurrección, por obra de Dios, a la vida eterna no es un hecho histórico, concreto e imaginable, menos aún biológico, y sin embargo se trata de un suceso real en la esfera de Dios.



- ¿Qué quiere decir esto? La mirada al cuadro de la resurrección de Grünewald es una advertencia: el Resucitado no es un ser diferente, puramente celestial, sino que sigue siendo, todavía cuerpo pero al mismo tiempo espíritu, aquel hombre, Jesús de Nazaret, que fue crucificado. Y ese hombre no se convierte, por la resurrección, en un fluido impreciso, fundido con Dios y el universo, sino que, estando en la vida de Dios, continúa siendo ese él, determinado e inconfundible, que ya fuera: aunque, por otra parte, sin la

limitación espacio-temporal de la forma terrenal. Por eso en Grünewald el rostro se va transformando en pura luz. Según los testimonios de la Escritura, la muerte y la resurrección no borran la identidad de la persona, sino que la conservan en una forma irrepresentable, transfigurada, en una dimensión totalmente distinta.

¿Qué resulta de todo ello?



Nosotros, hombres de hoy, formados en las ciencias de la naturaleza, necesitamos que se nos hable un lenguaje claro: para que se conserve la identidad personal, Dios no necesita los restos mortales de la existencia terrenal de Jesús. Se trata de una resurrección a una forma de existencia completamente distinta. Qui-

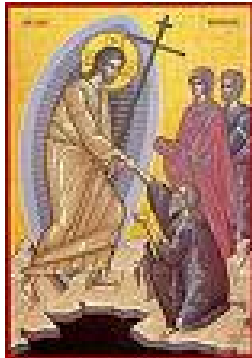
zá pueda compararse ésta con la de la mariposa que levanta las alas y deja atrás lo que fue el capullo de la oruga. Así como el mismo ser vivo abandona la antigua forma de existencia (oruga) y toma una forma

ORIENTACIÓN ESPIRITUAL EN NUESTRA TRADICIÓN

inconcebiblemente nueva, totalmente liberada, ligera y aérea (mariposa), así podemos imaginarnos nuestro propio proceso de transformación por obra de Dios. Es una imagen. No tenemos por qué vincular la resurrección a ningún hecho fisiológico.

¿Pero a qué queda vinculada la resurrección? Ni al substrato, que cambia desde un principio constantemente, ni a los elementos de ese cuerpo determinado, pero sí a la identidad de esa persona inconfundible. La corporeidad de la resurrección no exige -ni entonces ni ahora- que el cuerpo muerto vuelva a la vida. Pues Dios resucita a una forma nueva, ya no concebible, como dice paradójicamente Pablo, como "cuerpo neumático", como "corporeidad espiritual". Con esa expresión, realmente paradójica, Pablo quería decir las dos cosas a la vez_ continuidad, pues "corporeidad" quiere decir identidad de la misma persona que existió hasta ahora y que no se deshace sin más, como si la historia vivida y sufrida hasta ahora hubiese perdido toda relevancia. Y también discontinuidad: pues "espiritualidad" no quiere decir que el antiguo cuerpo continúe existiendo o vuelva a la vida, sino que hay una nueva dimensión, la dimensión "infinito", que se impone al transformar después de la muerte todo lo finito.

Creer en la resurrección de Jesús de esta manera, nos hará más fuertes, más rigurosos con el mensaje salvífico. Creer de una manera adulta nos hará más fuerte en la fe, en la confianza con el mensaje de Jesús.



Tema a cargo del catequista FJGN.